

Te alabaré y bendeciré todos los días, para que, cuando haya concluido el continuo sucederse de los días y llegue aquel día único y perpetuo, pueda pasar de las sucesivas alabanzas a la alabanza perenne, como de las pequeñas virtudes a la única que permanecerá por toda la eternidad.

Te bendeciré en el día de la felicidad, lo mismo que en el día de la tristeza, según vayan sucediéndose los humanos acontecimientos, en que no faltarán peligros y habrá abundancia de tentaciones.

Te bendeciré, porque ni siquiera en los momentos de tristeza me abandonas.

Te bendeciré, finalmente, porque no permites que me suceda cosa alguna que mis fuerzas no puedan soportar.

Me has dado a mí, pecador, esta vida, en que es necesario que con la fatiga y el sudor de su rostro se abata el viejo Adán, al mismo tiempo que la tierra le produce espinas y cardos.

Estoy devoto cuando todas las cosas me salen bien; pero sé que no puedo prometerme esto siempre, como si nunca fuera ya tentado.

Sin tentaciones no seré probado, y es mejor ser tentado y probado que carecer de tentaciones y ser condenado.

Pero más allá de la ira de los enemigos puede llegar tu diestra; y así no tengo yo que desesperar, porque tu mano es la que me salva de los peligros.

Que se enfurezcan mis enemigos contra mí; ¿qué mal podrán hacerme? Podrán arrebatarme las riquezas, despojarme de mis cosas, confiscar mis bienes, desterrarme, afligirme con castigos y tormentos; podrán, si se les permite, inclusive matarme; pero ¿podrán hacer más?

Tú, Señor, Tú extiendes tu mano más allá de donde puede llegar la ira de mis enemigos; Tú puedes llegar con tu diestra más allá de donde alcancen mis más crueles enemigos.

No podrán nunca mis enemigos separarme de Ti, ya que Tú, si bien retardas mi unión contigo, prolongas mientras tanto mi defensa. Que el enemigo se enfurezca cuanto quiera contra mí con tal que no me separe de Ti.

Por ello te he ofrecido las primicias de mi espíritu, creyendo en ti y cumpliendo de corazón tu santa ley; pero aún continuó suspirando dentro de mí y esperando la adopción de que me harás objeto cuando me despojes de este mi cuerpo.

Pero Tú, Señor, no me quieres aún contigo, aún me pruebas en este destierro y aún difieres el concederme tu gozo y tu dulzura; todavía no me has embriagado con la abundancia de tu casa, ni saciado en el torrente de tus delicias. Pues *en Ti se encuentra la fuente de la vida, y en tu luz veré la luz* (Sal. 35 10).

Meditando con San Agustín

Utilidad de las tentaciones

La tentación es una prueba, y el efecto de toda prueba es siempre provechoso. La tentación es permisión divina para tu provecho, a fin de que puedas aprovechar en la virtud. No te conviene estar sin tentaciones; por tanto, no debes pedir a Dios que las aleje de ti, sino simplemente que no te deje caer en ellas.

1º Primer provecho de la tentación: el conocimiento de nosotros mismos.

A veces no te conoces a ti mismo, ignorando qué es lo que puedes y lo que no puedes sobrellevar. Desconociendo el alcance de tus fuerzas, a veces presumes sobrellevar lo que no puedes, y a veces desesperas de llevar aquello que en realidad puedes. Viene la tentación como a preguntarte, y con ello descubres por ti mismo lo que ignorabas de ti mismo.

Hay dos clases de tentaciones: una es de engaño; otra, de prueba. El autor de la primera no puede ser otro que el espíritu del mal; el de la segunda, en cambio, es el Señor.

Dios no tienta porque quiera saber alguna cosa que antes ignoraba, sino que lo hace para que, por medio de la tentación o la interrogación, se manifieste lo que hay oculto en ti. Pues hay en ti cosas que están ocultas a ti mismo, y las tienes; y no se manifiestan, ni se descubren, ni se conocen más que por medio de la tentación.

Si Dios dejara de tentar, dejaría el maestro de enseñar. Quiero decir con esto que no te conoces a ti mismo mientras no te estudies en la tentación. Cuando te hayas conocido, no seas negligente contigo. Si te descuidaste cuando no te conocías, no te descuides ahora que ya te conoces.

2º Segundo provecho de la tentación: el fortalecimiento en la lucha contra el diablo.

El diablo está encadenado para que no haga todo el mal que puede, todo el que fuera su deseo hacer. Se le permite tentar solamente en la medida en que pueda servir para nuestro aprovechamiento.

Se lee en el Evangelio que nuestro Señor Jesucristo fue tentado por el diablo en el desierto (Mt. 6 1). Cristo hubiera podido no permitir ser tentado por el diablo, pero si El no hubiera sido tentado, no podría haberte enseñado a vencer las tentaciones.

El tentado en Cristo fuiste tú, porque Cristo tuvo de ti para sí la carne, y de sí para ti la salvación; de ti para sí la muerte, y de sí para ti la vida; de ti para sí las afrentas, y de sí para ti los honores; de ti para sí la tentación, y de sí para ti la victoria. En El fuiste tentado y en El vences al diablo.

Meditas en la tentación de Cristo: piensa también en su victoria. Reconoce que en El fuiste tentado, pero repara también que en El has quedado vencedor. Tú has sido edificado sobre Cristo, que es la roca firme; considera sobre cuán sólido fundamento quiso establecerte.

Quizá ha llegado el momento terrible en que se te propone la elección, o de realizar el mal o de sufrir trabajos, y tu alma se turba.

Mira a tu Maestro: él te enseñó lo que debes pensar, lo que debes decir, lo que debes pedir y lo que debes esperar. Cuando permitió ser tentado, dio al diablo aquella respuesta que debes dar también tú en las tentaciones.

El, sí, fue tentado, pero sin peligro de consentir, para enseñarte cómo debes responder tú al enemigo cuando te encuentres en peligro, o sea, no secundando las sugerencias del tentador, sino procurando sacar provecho del peligro de la tentación.

Tanto los hombres como el diablo y cualquier otro tentador no tienen virtud para dañar si no es por permisión divina; pero a los que trabajan en su perfección nunca les dañan.

La potestad del diablo es limitada; si pudiera hacer mal en la medida de su deseo, no habría justo ni creyente sobre esta tierra. El poder concedido es limitado, y sólo se le concede tentar en cuanto a ti pueda serte de provecho, ejercitándote en la virtud, y siendo probado; de este modo, si te ignorabas, descubrirás lo que vales.

El diablo tienta en la medida que le es permitido; pero a ti el Señor te sostendrá para que no caigas, porque el que permite usar de su poder al tentador es el mismo que usa contigo de misericordia.

No te preocupes, pues, del poder concedido al tentador, teniendo de tu parte el auxilio misericordioso del Salvador.

3º Tercer provecho de la tentación: el perfeccionamiento del alma.

Mira a ver si las tentaciones no te sirven de provecho. Dice el Apóstol: *Fiel es Dios, y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis resistir* (I Cor. 10 13). No dice: *No seréis nunca tentados*; porque rehusando la prueba, rehusarías la perfección.

Por tanto, la tentación te perfecciona; ya que puede decirse que durante ella estás en las manos del artífice. El quita, corrige, limpia y allana, sirviéndose para eso de ciertas herramientas, que son precisamente los escándalos del mundo. Cuida tú de una sola cosa: de no desprenderte de las manos del artífice. El grado de tentación a que serás sometido no superará jamás la medida de tus fuerzas.

Pero quizá te turba de tal modo la tentación que, si bien asegurado con tantas promesas de Dios, te turban la multitud de los escándalos del mundo.

Ningún mal pueden causarte, porque el Señor les ha determinado su medida. El mundo es como un mar, y en el mar las olas, por furiosas que sean, no pueden traspasar la orilla, donde el Señor les ha señalado su fin.

Por tanto, que vengan las tentaciones, que vengan las tribulaciones; con ellas serás aquilatado, pero no aniquilado.

La uva pende de la vid y la aceituna del olivo, y mientras permanecen unidas al sarmiento y a la rama, gozan, por decirlo así, de su libertad; pero ni la uva se convierte en vino ni la aceituna en aceite; para ello es necesario que sean exprimidas.

Así también hemos de decir de los hombres que el Señor, desde la eternidad, ha destinado para ser conformes con la imagen de su unigénito Hijo, el cual, especialmente durante su Pasión, fue verdadero racimo exprimido.

Si tú eres uno de éstos, antes de entrar al servicio divino, disfrutarás en el mundo de una deliciosa libertad, como las uvas y las aceitunas en sus ramas. Pero está escrito: *Hijo, al entrar en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación* (Eclo. 2 1). Por tanto, si entras al servicio del Señor, es como si entraras en el lagar, donde serás desgranado, pisoteado, exprimido; no para destruirte, sino para que tu licor sea conservado en las bodegas divinas.

Quedarás despojado del orujo y de las heces, que representan las envolturas de los deseos carnales. De este despojo de tus deseos carnales debe entenderse la advertencia del Apóstol: *«Despojaos del hombre viejo y revestíos del nuevo»* (Col. 10 13). Y todo esto no se consigue si no es exprimiéndote.

Cuando te encuentres rodeado de tribulaciones, debes meditar que te encuentras como estrujado, a fin de que con el mismo amor con que primero anhelabas los bienes mundanos, profanos, temporales, pasajeros y perecederos, después, habiendo padecido en esta vida los tormentos y tribulaciones de la aflicción y gran número de tentaciones, empieces a desear aquella paz feliz que no es de esta vida ni de este mundo.

Afectos y súplicas.

«Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey, y bendeciré tu nombre por siempre jamás» (Sal. 144 1).